

Por [María R. Martínez](#)

Cerca del palacio, en el medio del cielotecho, vive la nube, sin nadie que le salude cada día. Es un hombre-nube, pero yo no le diría “el nube”. ¡Jamás!; a él le gusta le digan Don: Don Nube para aquí, Don Nube para acá, aunque eso sea mirar y nada más.

De vez en cuando le envía un trueno al rey, a modo de saludo, para que sepa que no está solo. Le he preguntado si desea unirse al huracán, pero sus intenciones son más tranquilas, quiere engordar y ponerse más oscuro para poder regar los campos; bueno, mientras no me moje el televisor, no importa que estalle en lluvia de colores mecida cual abanicos por el aire del ventilador.

También podría viajar al desierto donde están los hombres con sus camellos esperando un milagro, un oasis o una nube como Don, capaz de aparecer en cualquier parte.

Don Nube Cúmulo Nimbo, según está escrito en “El Mundo en que vivimos”, tenía predestinado salvar al planeta, hasta que oí a abuela hablando con un señor para impermeabilizar el techo de la casa, comenzando por mi cuarto.

Mamá comentó: “¿Con qué se sienta la cucaracha”? y no sé en qué paró el asunto.

Doña Nube se está preparando por si acaso el dinero alcanza para mi cuarto. Por eso se me ocurrió esta poesía:

Si el cielo tuviera
“Dones” por doquier
yo no inventaría
lluvias de papel.
No habría naufragios
en tierras de un rey
dueño de los mares
sin saber por qué.
Agua en el desierto
caería también
para los camellos
que mueren de sed.
Así el mundo fuera,
pero no lo es.

